

La carta como experiencia de escritura académica no convencional Una introducción que creí necesaria

Marcus Salinas
Northwestern University
marcus.salinas@u.northwestern.edu

Pensé por algún tiempo antes de escribir esa carta. Me parecía, al principio, una subversión de lo que se espera en un programa de PhD. ¿Cómo una pieza de texto que por lo general es tan íntima puede interesar a la academia? ¿Dónde esperar objetividad en palabras que son tan cargadas de afecto? Mi temor era que una carta pareciera demasiado humana para una academia que tiene tan declarados sus propios paradigmas y horizontes. El ensimismamiento de esa institución no permite que se mire hacia afuera con mirada empática: el mundo externo existe para que busquemos en él objetos de investigación. ¿No es cierto?

Esa es la academia que conozco desde siempre. Sus fundamentos como la verdad, lo cuantificable, la certidumbre siempre se me presentaron como su razón misma de ser y existir. El mundo fuera de los laboratorios, de las bibliotecas y de las salas de estudio era demasiado caótico: había que sujetarlo, hacerlo predecible o catalogable en una base de datos de acceso restringido. Hay una impresión de autosuficiencia que puede espantar los más desavisados.

Y, a pesar de todo, tantas personas como yo insisten en ingresar en esa dimensión compartimentada del universo. Hay razones múltiples para eso. Muchos se sentirán seguros en las habitaciones de ese castillo moderno. Jamás querrán salir nuevamente a la calle donde lo viejo y lo nuevo brotan inexplicablemente el uno del otro. Sin embargo, hay los que entran a la academia dejando mitad del cuerpo y del alma para fuera. Son esos tipos que viven ilusionados en construir puentes entre mundos que se niegan mutuamente. Me tocó ser uno de estos últimos.

No sé desde que momento en mi vida me convertí en un buen oyente. Podía pasar días escuchando las historias que mi abuela contaba sobre sus padres portugueses. Escuché todas las historias que mi abuelo materno, un simple jardinero en la ciudad, contaba sobre la pequeña hacienda donde vivió hasta la adolescencia. Y también escuché las canciones de mi padre, que fueron su forma tímida de compartir el pasado.

¿Cómo traer las historias y canciones que tanto significaron para mí al contexto académico? ¿De qué manera serían relevantes o de interés de la comunidad? ¿Ofrecerían algún tipo de contrapartida a los sujetos que me ayudaron a conocerlas? Para todas esas preguntas no tengo ninguna respuesta definitiva ni consistente. Lo único que puedo decir es que para todo cambio hay una búsqueda tortuosa que lo

precede. Diferente de un método preestablecido, el camino se forma a contrapelo de lo previsible: obedece al deseo ingenuo de hacerlo de otra manera aunque no se sepa con claridad cuál debe ser el primer paso. Y hay también el amor y el respeto por lo que se comparte. Son esos los presupuestos que dan forma a mi carta.

Mi texto es simultáneamente ancho y estrecho. Es un relato personal, de hijo a padre, pero que pretende reflexionar sobre diferentes aspectos de las relaciones humanas en América Latina. Es, en un primer momento, un intento de expresar las brechas del diálogo intergeneracional que, en el texto, son “resueltas” por la canción. De la misma manera, se habla de tensiones entre identidades masculinas conflictivas que, sin embargo, no son totalmente incomunicables. Por último, busqué abordar la idea del expatriado en doble perspectiva: el “fuera de la patria”, es decir, el extranjero que en el nuevo país necesita movilizar nuevas relaciones de pertenencia, con sus correspondientes pérdidas y ganancias; y el “privado del padre”, o sea, el hijo que a través de los ruidos y silencios de la comunicación con el padre explora las interacciones indirectas posibles.

Evanston, 20 de marzo de 2018

Querido padre,

Hasta donde mi recuerdo alcanza, todo empezó por música. Nunca nos hablamos lo suficiente para que las cosas ocurrieran de otro modo: tú estabas tan distante, luchando las batallas por el pan diario; y yo era apenas el niño que te sonreía. Pero, en los escasos momentos en que estábamos a solas, sin que yo esperara, te ponías a cantar bajito. ¿Sería un impulso incontenible de sacar palabras que curaran las heridas profundas del pecho? Hoy creo que cantabas así para que yo no te viera llorar, pues nunca te habían permitido demostrar esa fragilidad: te forjaron en un tiempo de héroes orgullosos de su silencio. Había que callar, olvidarse y seguir el recto camino. Sin embargo, cuando cantabas, inmediatamente te recordabas de otros tiempos que pudieron o no ser felices. Desde entonces, escucho tu canto aunque no estés presente. Hoy me permiten llorar.

Es esa voz grave que todavía suena en mi mente. Está en esa lengua rara que llevo años intentando descifrar, pero que siempre se burla de mí en detalles caprichosos. Tu canto me despertó la curiosidad por los sonidos que revisten las trayectorias de vida. Son pedazos de pasado, fragmentos de lo vivido, que se dan a conocer por voces como la tuya y que, al final, no quieren más que propagar el afán de persistir. ¡Falsa ilusión nuestra es la memoria! Será siempre el pasado que se ve desde el presente, el sentido que arbitrariamente imponemos al caos de nuestra diminuta existencia. Sin embargo, esa es la razón de tu canto para mí: es saber de

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

un pasado que fue tuyo, del que jamás conoceré por completo y que, sin embargo, llevaré toda mi vida intentando que se haga mío.

¿Cuántas canciones aprendí de memoria sin saber qué realmente decían, simplemente porque eras tú quien me las cantabas? Años después, y un poco menos inexperto en la lengua, pude finalmente descifrarlas o, por lo menos, estar de acuerdo en lo que jamás podría entender. Muchas, para no decir todas, hablaban de amor. ¿Cuántas veces no sentí que narraban mis propias desventuras, esas que me las inventaba? Yo, que hoy prefiero que sean los otros que creen historias, imaginaba escenas trágicas que empezaran en versos como “Ya no estás más a mi lado, corazón”. Un amante que está ausente, la Divina Providencia en contra del amor. ¿Cómo no imaginar así todos mis dramas adolescentes con banda sonora y una grande orquesta de los cincuenta?

Tantas veces quise que el cielo apagado de mi ciudad moderna, contaminada, que manos como las tuyas ayudaron a construir, se revistiera de una “vibración de cocuyos que con su luz bordan de lentejuelas la oscuridad”. Imagen poderosa en la cabeza de un niño. También quise conocer tu ciudad clavada en las montañas y tan inaccesible a mis pulmones. Respirar. Estar cerca de lo que podría decirse un origen. Esa que tenías tantas ganas de ocultarme.

Pero volvamos a mi ciudad que, con su modo brutal, te acogió. Allí te faltó mucho de todo: comida, trabajo, el clima de la sierra, los brazos de tu familia, la lengua para decir lo que uno siente y realmente desea. Extrañabas hasta las bandadas de patos puna. Supongo o invento. Mi ciudad fue ruda contigo como lo es hasta hoy con tus compatriotas. La gran metrópoli de las Américas recibe a muy pocos en sus imponentes rascacielos del centro. Por lo general, los foráneos, que no tienen nada más que sus brazos que ofrecer, se amontonan en las periferias de la monstruosidad urbana. Ahí conociste a Adoniran, el poeta de los paulistas desdichados. Una vez más tenías materia para su cantar. Obviamente se te notaba el acento, pero ¿quién en el punto extremo de la Babilonia de acero y hormigón no tenía el suyo? Pasados los años, cuando te escuché cantar “Saudosa maloca, maloca querida”, me detuve más en su rara pronunciación de las vocales que en la historia triste de desposesión que me contabas cantando. Solo la distancia y el tiempo me permitieron entender los lamentos que cantabas en cifra.

¿De dónde venían esos versos? Eran tuyos y de tantas gentes que los cantaron. Pero el mundo nunca dejó que cumplieras tu vocación: no pudiste ser cantor, ni poeta. Al contrario, te hicieron creer que se vive de lo absolutamente frugal. No hay razón para palabras vanas, te decían, basta que ellas expresen lo sumamente necesario. Pero pudiste escuchar la radio, ese aparato mágico que traía canciones de todas las partes del continente. No cometías ningún crimen al oírlas y cuando me las hiciste conocer, ya no eran más continentales o mundiales, sino tuyas y mías.

Y a eso debo mi búsqueda profesional y de vida: el saber de las voces del mundo y los innumerables silencios que suponen. Sin embargo, hay que ser humilde para hacer una contribución efectiva en ese campo. Hay que disminuir el espectro, pretender conocer lo que efectivamente se nos acerca al corazón. Tú eres la razón para que yo me sienta más allá de las rígidas convenciones del saber y de la nacionalidad. Al principio se trataba de identidad, pero no tardó para que se convirtiera también en afán de comprender tanta diversidad de modos de vivir y entender el mundo que se desparrraman por nuestro continente. Quería saber más de mi abuela aymara que solo conozco por un retrato en blanco y negro que llevabas en tu billetera y no lo enseñabas a nadie. Quería entender mejor qué quería decir ser un cholo, un mestizo, un indio, un nada. ¿Era así? El continente tan prolífico en crear “otros” va a ser siempre nuestro hogar, el mío y el tuyo.

Y si hoy canto solo por las calles de esa fría ciudad del Norte es porque te rindo un homenaje en cada palabra y por cada recuerdo. No es por otra razón que me propuse a dejar mi puerto seguro, mi querido país. Ahora intento pertenecer a ese mundo nuevo, ancho o estrecho a depender de la convicción de cada uno y de la fe en la posibilidad del cambio.

Los estudios, todo esto que para ti fue privilegio de unos pocos, son otra forma mía de agradecerte. Así quiero que tu experiencia única se oiga en otras partes. Quiero también que tantos cantos tímidos como los tuyos encuentren alguien que los lleven en serio, que los comuniquen para que persistan en los libros, pero, principalmente, para que permanezcan en la memoria y en los corazones.

Por último, me gustaría hablar de los versos que más veces te escuché cantar. Tienen un poco de profecía y consejo. Sirven para amparar los que, por razones distintas se alejan de los lugares que más aman. Y si hay un camino que seguir, mejor que sea en una línea infinita en que avanzar y retroceder son lo único que verdaderamente nos pertenece:

y si sentís tristeza
cuando mires para atrás
no te olvides que el camino
es pa'l que viene y pa'l que va

Saudades,

Marcus